

Ante el bimilenario de Tito Lucrecio Caro

I. LUCRECIO Y NOSOTROS

Uno de estos meses —se ignora en cual, con exactitud— se cumplen dos mil años desde la muerte del gran poeta latino Tito Lucrecio Caro, autor de un extenso poema «Sobre la naturaleza de las cosas» (*De rerum natura*), que bien puede ser valorado como la primera entre las versiones de idearios filosóficos bajo ropaje de poesía sistemática, por cuanto a lo largo de sus seis libros, y sus siete mil trescientos setenta y cinco versos, se ofrece al lector un rítmico resumen del pensamiento epicureísta, sigilado con agudeza por matices personales, iniciándose con ello una concurrida senda de escritos en los que se cuidan, por igual, la expresión versificada y el contenido cogitativo.

Precisamente por esto, por ser Lucrecio el primer vate europeo en este terreno (abstracción hecha de los griegos antiguos, como Parménides y Empédocles, a quienes Lucrecio imitó y de cuyas obras se conservan escasos fragmentos), en el que prelude a contemporáneos de la talla del alemán Hoelderlin, o del italiano Croce, o del francés Valery, o de nuestro Juan Ramón, es por lo que parece exigido conmemorar este bimilenario de resonancia universal con algunas reflexiones tendentes a destacar el sabor de modernidad de las estrofas lucrecianas, cuyos esbeltos hexámetros han sido fuente de inspiración para generaciones enteras de poetas, y que merecerían serlo especialmente, por afinidades de temas y de todo género, para la generación actual, según ya viene ocurriendo en muchos, confesa o inconfesamente.

Una primera afinidad concrétese en la devoción por el problema de la muerte, en sus vertientes poéticas, hasta el punto de considerar que «ninguna realidad es susceptible de ser engendrada, a no ser implicando muerte posterior» (libro I, versos 264-265: *Nec ullam —rem gigni patitur, nisi morte adiuncta aliena*), con adentos que recuerdan la tedesca insistencia hodierna en el «ser para morir» (*sein zum Tode*).

En segundo lugar, otra analogía entre Lucrecio y nuestros poetas-pensadores se advierte en la tendencia a expresarse con

«palabras nuevas» (I 138: *novis verbis*), con tendencia justificada, implícita o explícitamente, mediante una doble razón: «por la pobreza del idioma y la novedad de las cosas» (I 139: *propter egestatem linguae et rerum novitatem*). Como ejemplos hermosos de neologismos lucrecianos cabe mentar, a este respecto, los de «suavehablador» (I 43: *suaviloquenti*) y «contravientosluchadores» (VI 97: *contrapugnantibu'ventis*).

Otra importante afinidad que, en tercer término, procede señalar, estriba en la concepción hedónica de la felicidad como «ausencia alejada de dolor en el cuerpo, con fruición en el alma» (II 18: *corpore seiunctus dolor absit, mensque fruatur*), concepción que, si bien elude los defectos del ultrahedonismo, en cuanto no reduce lo placentero a los goces corporales, incurre empero en una suervaloración alarmante del goce, aunque sea el espiritual. Muestras de esta posición son, en Lucrecio, los encomios del placer que deriva de la amistad (II 29-33), con pleno olvido de su faceta de virtud, y sus elogios no menos entusiastas a la «acentuada ansia de renombre» (I 923: *laudis spes magna*), a la que presenta como estímulo principal entre los que le impelieron a escribir sus versos.

Finalmente, una postrera semejanza, entre la actitud lucreciana y la de muchos escritores actuales frente a la vida, aparece en cuanto se repara en su indisimulado e indisimulable pesimismo. En este punto, harto reveladora es la siguiente interpelación: «Oh desdichadas mentes, oh ciegos pechos de los hombres» (II 14: *O miseras hominum mentes, o pectora caeca*). Con estas palabras, hállase sutilmente señalada la doble causa primordial de las desgracias que, de continuo, sobrevienen al linaje humano, que no son por cierto la ceguera mental y la desdicha pectoral, según usualmente se cree, sino sus contrarias, la desdicha mental y la ceguera pectoral, que no pueden ser compensadas, en modo alguno, por los avances visuales de las inteligencias o por las venturas dichosas de los corazones, meta y objeto para muchos, con aciago error, del humano progreso.

II. LUCRECIO Y EL ARTE

Uno de los ámbitos culturales donde la conmemoración del bimilenario lucreciano presenta especial alcance es, a no dudarlo, el ámbito estético, dado que nuestro autor, Tito Lucrecio Caro, fué a la vez profundo pensador y claro expositor, uniendo así dos matices que, ineludiblemente, sigilan a todo auténtico esteticista, la claridad y la profundidad, mediante síntesis felicísima, aunque no ciertamente fácil, pues vacuidad y sonoridad son dos defectos que acechan, por igual, a quienes han conseguido escapar de los innegables atractivos radicantes en las obscuridades cogitativas o en las superficialidades discursadoras.

Pues bien, si reconocemos, con Hegel, que el arte es la concreción por autonomasia de lo estético, oportuno aparecerá glosar, aquí y ahora, lo que pensaba Lucrecio acerca de su naturaleza, con innegable sabor de modernidad, a pesar de los dos milenios que nos separan de su época.

Primeramente, en el plano teleológico, el poema lucreciano «Sobre la naturaleza de las cosas» (*De rerum natura*) viene a imponer a los artistas la prosecución de estos dos fines: o la emulación en ingenio o la rivalización en nobleza (II 111: *certare ingenio, contendere nobilitate*). Con plena evidencia, esta doble finalidad es la que procuran hoy robustecer cuantos artistas luchan valientemente por la dignificación de sus respectivas artes, proponiéndose siempre ora luchar («certare») por la agudización de la ingeniosidad, ora batallar («contendere») por el ennoblecimiento de la expresión.

Paralelamente, en la esfera mesológica, al enderezarse hacia los objetivos indicados, el artista puede hacerlo empleando dos poderosos instrumentos: bien la serena voluptuosidad bien el inquieto ardor (III 251: *sive voluptas est, sive conntarius ardor*). Esta curiosa contraposición, en el terreno mesológico o de los medios, del ardoroso ímpetu frente al voluptuoso deleite, resulta tanto más llamativa por cuanto, para muchos, hablar de placer afectivo equivale a aludir implícitamente a ardores apetitivos, con olvido de que es precisamente la voluptuosidad estética algo placentero exonerado de toda carga tendencial.

Sólo así, uniendo lo teleológico con lo mesológico, o mejor, lo finalístico con lo instrumental, se explica por qué Lucrecio se lamenta, unas veces, de la rutina en el arte, de ese contemplar, en los artistas y por los artistas, «siempre lo mismo todo» (III 938: *omnia eadem semper*), por insuficiencia de adecuación en los medios respecto a sus fines: a la par que, en otras ocasiones, lamenta no menos sentidamente cómo, durante los momentos difíciles, «falta y quiebra todo a un tiempo» (III 454: *omnia deficiunt atque uno tempore desunt*), por ausencia de proporción entre los términos extremos y los eslabones intermedios.

Por último, cabría relacionar lo anterior con los conceptos de ansiedad y angustia, tan frecuentemente aducidos en nuestros días y recogidos, con no menor frecuencia, en los versos lucrecianos, donde es empleada preferentemente la locución «angustia ansiosa» (*anxius angor*: III 865, 916 y 1.006; VI, 11 y 56), cual si implícitamente intentara sugerir que, en el tedio, desazón o hastío que, de continuo, sobrevienen a los artistas, lo adjetivo es la ansiedad tendencial y lo substantivo, en cambio, la afectiva angustia.